



A BORDO DE UN COCODRILO

Peter Labelliere, patriota cristiano y ciudadano culto, fue un encarnizado crítico de la conducta del planeta. En su testamento dispuso que cuando muriera lo enterraran cabeza abajo, porque, estando el mundo patas para arriba, así se entregaría al sueño eterno en la posición correcta. Se le respetó el deseo.

El honorable Charles Hamilton, quien vivió durante el reinado de Jorge II y cuya finca estaba en Surrey, fue uno de los ricos ingleses que, como el colmo del buen gusto, consideraban que había que tener un ermitaño en sus tierras: algún anciano con largas barbas grises, uñas jamás recortadas, cuerpo en absoluto desconocimiento del agua y del jabón y, obvio, poseedor de la mística de la incomodidad. Lord Hamilton puso un aviso en el mejor periódico de Londres y tuvo su ermitaño, al que contrató por siete años para vivir en una ermita expresa y desastrosamente erigida en el tope de unos grandes árboles torcidos, y donde el único alhajamiento consistió en un reloj de arena para contar el tiempo y así saber las horas de servidumbre tan rigurosas que el viejo le rendía al amo.

Ingleses excéntricos (Tusquets Editores, 1989) es una deliciosa escrita con gran estilo por otra excelsa excéntrica británica, Edith Sitwell, fallecida en 1964 después de casi ochenta años de adorar tanto el silencio como la música y la literatura. De ello publicó excelentes libros, amén de dictar cátedras en su Inglaterra natal y en Estados Unidos, todo lo cual le valió la codiciada Orden del Imperio Británico, que agregó a sus legítimos pergaminos de nobleza.

Flacuchenta, larguirucha, narizgona y ovejada, Edith disgustó desde el nacimiento a sus refinados padres, a quienes avergonzó por lo horrorosa. Ella, en cambio, se tomó su físico con humor y lo adornó con enormes anillos, turbantes estrafalarios, ricos ropajes de seda orientales o exóticos, y consiguió que lectores, discípulos, colegas y cuantos la conocieron le tributaran el máximo respeto, incluso cuando aparecía con un loro en el hombro para dar sus clases en universidades norteamericanas, considerando que el locuar animalito decía más cosas interesantes que muchos eminentes profesores.

Edith Sitwell poseía una perenne alímbica óptica para observar el entorno. En su galería de excéntricos ejemplares, cuenta el caso de un tal Mytton, quien, a punto de acostarse, decía: "Maldito sea este hipo. Pero voy a hacer que se asuste y que se vaya". Acto seguido, cogió una vela encendida y la aplicó al borde de su camión de



En su libro *Ingleses excéntricos*, la excéntrica inglesa Edith Sitwell describe con todo materialidad y delicioso estilo los vicios y costumbres de algunos pomposos súbditos del circunspecto Imperio Británico.

dormir, el cual al instante quedó envuelto en llamas. Cuando a golpes de trapos mojados sus sirvientes lograron apagar el desahogado, el héroe, convertido en un espanto ennegrecido, repetía: "Pero se me fue el hipo, a Dios gracias". Un hombre de armas tomar, según dame Sitwell.

Otro caso: el de la princesa Caraboo, llegada a las costas de Inglaterra, allá por 1817, junto a los reyes de las islas Sandwich y otros potentados. Oriunda posiblemente de Asia, su alteza Caraboo enamoró a muchos, incluyendo a Napoleón I, que a poco se divorció de María Luisa para casarse con ella. No era para menos. Con su arco y flechas colgando de un hombro, de gong a la espalda y tamboril en la cabeza, además de flores y plumas, resultaba espléndida. A ello sumaba una mudet absoluta, tachonada de palabras raras de un idioma indecifrable.

Lástima que después de revolucionar salones y corazones principescos haya sido reconocida por la cocinera de un palacio donde fue invitada de honor, y que la señaló, sin lugar a dudas, como la ayudante que pelaba papas en la casa de una antigua patrona. La usurpadora fue a dar a un hospicio, en el que vivió hasta los ochenta años sin jamás maldecir a su delatora. Su nostalgia enfurecida era para el café de los bajos fondos que la empujó a la aventura jurando que la amaba y se casaría con ella, pero que a raíz del escándalo desapareció para siempre. "Eso es ser mujer romántica", razona Edith Sitwell.

Estos ingleses excéntricos son eso, excéntricos, pero tan humanos, creíbles y llenos de buenas razones para sus haceres, que a las finales resultan más lógicos que los nada de excéntricos que somos los demás. Ellos son capaces de navegar a lomos de un cocodrilo con el fin de estudiar la disposición dental de la serpiente, como hizo el naturalista Charles Waterton a comienzos del siglo XIX en nuestro Nuevo Mundo; o castigar a un mal hijo legándole a su muerte su mano derecha, como hizo el irascible capitán Thicknesse, "un hombre con el corazón sabio y bien puesto", según la Sitwell.

"Los ingleses son especialmente propensos a la excentricidad", dice la escritora, "y creo que esto se debe a ese conocimiento peculiar y satisfactorio de su infalibilidad, que es el sello distintivo y el derecho de nacimiento de la nación británica". La afirmación retrata de cuerpo entero a esta inglesa que comenzó por reírse de sí misma para seguir con el resto de los humanos de todos los tiempos. Por fortuna, la traducción y edición en español de este libro nos permite ahora conocerla para reírnos con ella y, ojalá, aprender a ser menos graves y no tomarnos muy en serio. Está visto que no vale la pena. Ni se justifica. ■

1990. 270.

MAYO 1990 / MUNDO 9

A bordo de un cocodrilo [artículo] Graciela Romero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A bordo de un cocodrilo [artículo] Graciela Romero. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile